
1

Antes de abandonar esta vida el señor Green Talbot bebió a pequeños sorbos un vaso de limonada fresca y dirigió la mirada hacia la ventana de su habitación.

—Lo peor que puede sucederle a un hombre es morir en un hospital —había dicho una vez, hacía mucho tiempo.

Aún tenía que cumplir veinte años, en esa época, y estaba a punto de comprar la joyería Lou Saunders con un montón de letras de cambio.

—Os pagaré, a más tardar, en dos años —prometió a sus acreedores, que lo miraron incrédulos.

Y lo consiguió.

Porque Green Talbot era un hombre fuera de lo común, y aquí se cuenta su historia, que comienza en una casa cerca de un bosque, en Inglaterra, y termina en una cama de hospital en un pueblo perdido del norte de Italia.

Pero como Green Talbot decía a veces de joven, con razón o sin ella, el principio y el final de una historia pueden incluso arrancarse de la hoja en la que están escritos.

Con razón o sin ella, esto es lo que decía.

TRANQUILLITY

2

El soldado Gregory Talbot y su esposa Maria se habían casado unos meses antes en la pequeña iglesia del reverendo Barry, más porque a ella le crecía la barriga que por la voluntad de unirse en matrimonio. En aquellos tiempos funcionaba así.

El reverendo Barry había encontrado a Gregory Talbot desmayado y moribundo, tumbado en una apestosa camilla de color verde desesperación, con un vendaje en lugar de la pierna derecha. Le dio la bendición y trató de trazarle sobre la frente una pequeña cruz con el pulgar untado de aceite.

—Que Dios te tenga en su gloria —dijo.

Pero Dios, o quien fuera, no tenía la más mínima intención de llevarse a Gregory Talbot sobre sus hombros, o al menos, no todavía. El reverendo Barry tuvo que repetir la operación tres veces. Cada vez que metía el pulgar en el pequeño frasco, el aceite resbalaba por su dedo sin dejar rastro.

—Si esto sigue así nos darán las tantas —se dijo.

No era un pensamiento propio de un hombre de Iglesia pero, en aquella tienda de campaña, decenas de sol-

dados esperaban la extremaunción. A la tercera vez, por fin, su dedo quedó untado y no se perdió una sola gota. Cuando estaba a punto de trazar la pequeña cruz sobre la inmóvil frente del soldado, llegó la enfermera de turno.

—Reverendo Barry, hay que cambiar el vendaje.

El reverendo Barry dio un largo suspiro de impaciencia y levantó los ojos al cielo o, mejor dicho, los fijó sobre el punto más alto de la tienda de campaña, que era del mismo color verde desesperación que las camillas.

Cuando Gregory Talbot se despertó, pocos minutos después, volvieron a llamar al reverendo.

—Un milagro —dijo la enfermera mientras miraba al soldado con sus ojos verdes.

—Una suerte del demonio —soltó el reverendo Barry.

Unos meses más tarde Gregory Talbot había recuperado sus fuerzas, o casi. Antes de abandonar el campamento, el reverendo le contó el asunto de su dedo que no se untaba de aceite.

—Está claro que Dios, o quien sea, cargaba ya con demasiada gente sobre sus hombros —dijo Gregory Talbot.

—Alguien ha aguaado el aceite —refunfuñó el reverendo.

Fue así como se separaron, con la promesa de que al terminar esa estúpida guerra iría a verle a la pequeña iglesia de la que era párroco, en Tranquillity.

Se casaron justamente allí Maria y él, teniendo por testigos a la vieja viuda Shelby, que iba a la iglesia a rezar todas las mañanas a las ocho, y a la dueña de la tienda de embutidos Hilary Mark, que pasaba por allí por casualidad.

—¿Queréis casaros? —preguntó el reverendo.

—Sí, queremos —dijo Gregory Talbot.

Y el reverendo, trazando signos en el aire, los casó.

Una vez unidos en matrimonio, Maria le preguntó a su marido qué harían ahora. La guerra había arruinado las esperanzas y acallado todos los proyectos para el futuro.

Miró las casas de Tranquillity y sus pequeñas calles bordeadas de jardines de hierba fina y baja, y pensó que le gustaría quedarse. Todavía era invierno pero el hielo en ese lugar parecía llegar más lentamente.

En Tranquillity todo era más lento.

Llevaban allí sólo dos días y no vieron a nadie ir con prisas por la calle, hablar en voz demasiado alta o pelearse. Todos sus habitantes tenían un trabajo digno. No había vagabundos por la calle o borrachos recostados sobre las mesas del único pub.

Oyó una voz a sus espaldas.

—¿Gregory Talbot?

Detrás de ellos había un hombre en frac y sombrero de copa. La prominente barriga ejercía una notable presión sobre el único botón abrochado de la chaqueta, que bailaba como si estuviera a punto de estallar.

—Soy el alcalde Ray Wonder —dijo el alcalde Ray Wonder tendiendo la mano y manteniéndola quieta, hasta que Gregory Talbot decidió estrechársela—. Lo esperábamos sólo a usted. Pero son dos. —Miró el vientre de Maria—. Es más, tres. Mejor así —añadió el alcalde Ray Wonder—. Tranquillity está creciendo y ustedes son la prueba.

Gregory Talbot estuvo a punto de decir algo, pero no le dio tiempo.

—Ha quedado un puesto vacante, ¿sabe? Lo hemos reservado para usted, ¿sabe?

Gregory Talbot se daría cuenta muy pronto de que no se invitaba a nadie a quedarse en Tranquillity sin un

motivo, y que de allí no era tan fácil marcharse. De todos aquellos soldados que corrían alocadamente a diestro y siniestro, el reverendo Barry le había pedido justo a él que fuera a verlo. No se admitían personas frenéticas en ese lugar. Y Gregory Talbot, con su única pierna, respondía a sus exigencias.

Se instalaron en la pequeña casa sobre la colina y él se convirtió en el nuevo guardián del bosque. La gente de Tranquillity le temía al bosque, como se teme en general a lo desconocido. Estaban convencidos de que un guardián lograría mantenerlo dentro de sus límites.

—Pero un bosque no se mueve —dijo Gregory Talbot.

—Nunca se sabe —le contestó el alcalde Ray Wonder.

3

El guardián del bosque Gregory Talbot caminaba entre los primeros árboles con su única pierna.

Centenares de sonidos se sumaban y multiplicaban a lo largo del día, pero para quien como él estaba acostumbrado al ruido de la gente, ese bosque estaba hecho de silencio.

De vez en cuando, en las mañanas de primavera, se detenía y miraba hacia lo alto. Haces de sol como alfileres taladraban el manto de árboles.

Su mujer Maria estaba en casa descansando. Cuando la oyó gritar y llamarlo, Gregory Talbot dio media vuelta, tiró el bastón de madera y utilizó su única pierna como si fueran cuatro. Salió disparado por el sendero que llevaba fuera del bosque y corrió hasta alcanzar la linde.

La habitación estaba sumergida en la penumbra. Maria se encontraba en un sillón empapado de sangre. Tenía en brazos una cosa pequeña y verde que no respiraba.

Gregory Talbot no dijo nada, se la arrancó de las manos. La abofeteó una, dos, tres veces, pero seguía verde. La devolvió a los brazos de Maria y fue a abrir una de las ventanas.

De golpe, entró la luz.

En ese instante la cosa verde comenzó a sollozar y a ponerse de un color cada vez más claro. Gregory Talbot la levantó y vio que era un varón.

Su hijo había escogido el alba para decirle buenos días a este mundo.

4

Lo llamaron Green. Verde era el color que su padre vestía cuando trabajaba para el ejército, verde el color de la nada cuando pisó una mina, verdes los ojos de la mujer que lo había curado en el hospital y con la que, más tarde, se casaría. Verde era también el color del bosque.

Green Talbot tardó mucho en hablar. Desde los primeros meses lograba entender todo lo que se le decía. Se hacía comprender indicando las cosas y le gustaba pasar horas en el porche de la casa mirando, más abajo, los primeros árboles del bosque. Movía la cabeza en todas las direcciones, lentamente, como si quisiera almacenar todos los sonidos que oía.

Escuchaba a su padre hablarle de América, donde había vivido un breve período de tiempo antes de ser llamado a filas,

—Es el mejor lugar donde estar si no has visto ningún otro,

de los meses en la guerra,

—Que me parta un rayo si vuelvo a coger uno de aquellos malditos fusiles,

y de su madre,

—*Mira, tu madre es un ángel. No puedes llamar de otra manera a quien salva a las personas,*
y escuchaba el sonido del tabaco que ardía en la pipa cuando su padre aspiraba, de los troncos partidos cuando preparaba la leña y de su voz cuando le contaba cuentos antes de que se durmiera.

Alguien podría pensar que un hijo sin palabras es un hijo al que le falta un tornillo, pero Gregory Talbot y su esposa Maria eran de otra opinión. El mundo estaba lleno de gente que hablaba continuamente de cosas que no le interesaban a nadie.

En cierto sentido, Green Talbot era una bendición.

Durante sus cinco primeros años, Green Talbot aprendió tan bien a escuchar a las personas que al cabo de poco tiempo los que tenían algún problema acudían a él y le hablaban de sus vidas.

Encontraba que las vidas de las personas eran como los cuentos que le contaba su padre aunque un poco más tristes. Aprendió que no siempre es necesario hacer preguntas y, de hecho, él no las hacía.

En poco tiempo fue el único habitante de Tranquillity que conocía todos los secretos de quien allí vivía, pero jamás reveló ninguno.

El reverendo Barry se percató de que cada vez menos fieles iban a la iglesia el sábado por la tarde para hablar con él, y de que eran muchos más los que subían por el sendero de la casa que lindaba con el bosque. Lo interpretó como una señal de Dios, y se convenció de que un día Green Talbot ocuparía su lugar.

El alcalde Ray Wonder observó una creciente tendencia a la serenidad en los habitantes de Tranquillity y se encontró con menos trabajo que hacer. Lo interpretó como una señal del destino y se convenció de que un día Green Talbot ocuparía su lugar.

En cuanto a él, si hubiera podido expresar su parecer, les habría dicho a todos que el trabajo de su padre era lo único que deseaba hacer de mayor.

Con el pasar de los años Gregory Talbot se fue adentrando cada vez menos en el bosque y lo observaba desde la linde. Era como si de ese bosque proviniera una extraña e inquietante presencia. Como si los sonidos, poco a poco, menguaran y se disgregaran.

Pero todo esto ocurría muy, muy lentamente.

Después, llegó la primavera por quinta vez. Cuando Gregory Talbot y su mujer se sentaron en la mesa para comer vieron que Green seguía de pie.

—¿No te sientas? —le preguntó su madre.

Y él, por primera vez, habló.

—¿Me lleváis a ver el bosque?

Esto fue lo que dijo.

6

La primera vez que Green Talbot vio el bosque pensó que era el lugar más bonito de todos en los que había estado, y no es que hubiera visto muchos más. No había salido nunca de Tranquillity, como todos los niños nacidos allí. Le gustaba mucho la charcutería de Hillary Mark con su olor permanente a carne, los distintos panes en las cestas de la panadería de Almerly y la pequeña capilla del reverendo Barry. Se llevaba muy bien con el reverendo Barry. Le contaba siempre las historias de aquel señor que iba por el mundo a cambiar las ideas de la gente. Le fascinaba que lo hiciera sin imponérselas a nadie.

Pero cuando entró en el bosque no había tienda de embutidos, ni cestas de pan, ni cuentos del reverendo que le llamaran la atención.

Eran esos árboles tan altos que ocultaban el cielo los que cautivaban su mirada, y las decenas de sonidos que no lograba comprender.

—Son los pájaros del bosque —le explicó su padre.

—¿Qué dicen?

—Digan lo que digan aún no ha nacido nadie que pueda comprenderlos.

—Un día hablaré con ellos —dijo entonces Green.

Su padre lo miró como se mira a un loco. Después lo miró como se mira a un hijo.

—Un día —le dijo.

Desde que Green Talbot empezó a hablar, los habitantes de Tranquillity fueron cada vez menos a la casa de la colina. Y así aprendió que a la gente le gusta mucho que se la escuche, y mucho menos escuchar.

Y desde que descubrió el bosque, seguía siempre a su padre cuando iba a trabajar. Lo observaba quedarse quieto, en silencio y miraba los árboles con él.

—¿A ti no te parece que este bosque tiene algo extraño? —le preguntó un día su padre.

—A veces.

Su padre siguió moviendo los ojos hacia arriba como si estuviera a punto de suceder algo.

Al día siguiente irían a la capilla del reverendo Barry. Había llegado el momento de bautizar a la pequeña Kathy Almery, hija del panadero y de Hillary Mark.

Kathy nació un día de otoño, cuando las hojas comenzaban a teñirse de rojo y el viento soplaba más fuerte. No nacían muchos niños en Tranquillity, y ese bautizo fue todo un acontecimiento.

Los habitantes de la ciudad prepararon un banquete al aire libre en una mesa tan larga como un pajar. No les importaba que el invierno estuviera al llegar. Estaban sentados celebrándolo, arrebujados en chaquetones de lana. A la mitad de la fiesta el alcalde Ray Wonder se levantó y alzó una copa de vino tinto.

—Un brindis para la pequeña Kathy Almery. Tranquillity está creciendo y ésta es la prueba.

En pocos años, Kathy se convirtió en una de las niñas más bellas que se habían visto en Inglaterra desde

hacía mucho tiempo. Llevaba el cabello recogido en largas trenzas rubias y ayudaba a su madre en la tienda de embutidos. Les decía a los clientes «buenos días, señor» y «adiós, señora». De vez en cuando, a escondidas, miraba a su padre amasar el pan. Le gustaba el cálido olor que invadía la tienda durante toda la mañana.

En cuanto a Green Talbot, iba al colegio cada día acompañado de su madre, con un delantal azul de una talla más grande. La escuela primaria de Tranquillity estaba compuesta por doce niños. Se aprendía a leer y a escribir y a hacer cuentas. Y se enseñaba que la vida hay que tomarla sin demasiadas prisas.

A Green Talbot le gustaba escuchar a la maestra Lil Sommers cuando explicaba el alfabeto. Se divertía juntando letras y formando palabras. La primera palabra que escribió fue *Bosque*. Y la segunda, *Maria*.

Se acostumbró a ir al bosque a escondidas de su padre. Observó que conforme se iba adentrando los árboles se espesaban cada vez más y que los jilgueros se ponían a conversar. Habló algún tiempo con ellos en la lengua de los hombres, pero no recibía respuesta. Entonces, una tarde lo intentó y lo intentó, hasta que al final, con una especie de silbido, dijo: «Tu-uuuut.»

Y se oyó la respuesta desde arriba: «¡Bienvenido!»

Fue así como aprendió dos cosas. Que no todo el mundo habla la misma lengua. Y que los jilgueros son unos pájaros educados. Pensó que, para esa tarde, era suficiente.

Pero un día se adentró tanto que no supo dónde se encontraba. Allí, la hierba estaba amarilla. Terrones removidos cubrían amplias zonas de terreno. Intentó llamar a los jilgueros pero no obtuvo respuesta. Nunca en su vida había oído un silencio como aquél. Y sintió por primera vez una desagradable sensación de frío, que muy pronto aprendería a llamar con el nombre de miedo.

Ni su padre, ni el alcalde Ray Wonder, como tampoco el anterior guardián del bosque, habían llegado tan lejos.

Se puso a la escucha, como él sabía hacer, y distinguió en la lejanía sonidos que no conocía. Era como si el viento, frenado por los árboles, tuviera la libertad de moverse y pasara, a gran velocidad, entre las espigas de una hierba mucho más alta que la que había visto hasta entonces. El final del bosque no podía estar lejos. ¿Qué encontraría del otro lado?

Estaba indeciso entre seguir o volver sobre sus pasos. El sol se había puesto y quedaban pocos minutos de luz antes de que la noche engullera las cosas.

Fue entonces cuando los vio.

Dos ojos amarillos avanzaban en la oscuridad, acer-

cándose cada vez más. Algo lo estaba observando y el ruido de las ramas secas quebradas era cada vez más fuerte. Oyó una especie de gruñido, un sonido bajo y terrorífico.

Se quedó de piedra, incapaz de moverse. Los ojos amarillos lo miraban fijamente llenos de rabia.

Después escuchó, muy lejos, una voz que lo llamaba.

Y entonces Green dio media vuelta, sin pensar en nada, y corrió con los ojos desorbitados, lo más rápido que pudo. Sintió que se le cortaba la respiración, pero no se detuvo. Corrió, por primera vez en su vida, hacia aquella voz lejana, hacia aquella débil llamada «Green, Green», que se volvía cada vez más nítida. Chocó contra algo duro y se cayó.

Era la pierna de su padre.

El alcalde Ray Wonder convocó a todos los ciudadanos en asamblea e hizo que Green contara lo que había visto. Enmudecieron. Algunos se llevaban una mano a la boca y entornaban los ojos.

—Lo que ha sucedido hoy —dijo el alcalde—, no deja lugar a dudas. El viejo guardián nos lo había advertido a muchos de nosotros.

Al día siguiente se puso un bando en la puerta de cada casa.

*Por orden del alcalde Ray Wonder
y del reverendo Barry
queda terminantemente prohibido a todos los habitantes
adentrarse en el bosque bajo ningún concepto
y tener comportamientos
que puedan disgustar a la Bestia.*

Para el alcalde Ray Wonder y el reverendo Barry, existía una sola explicación a lo que había visto Green Talbot.

La Providencia había enviado de nuevo una terrible señal para amonestarlos.

La primera vez que vieron a la Bestia, hacía casi un cuarto de siglo, Tranquillity no era la ciudad que llegaría a ser más tarde. Las costumbres de sus habitantes eran mucho más liberales y no había normas rígidas para gobernarlos. Fue durante aquel período que el joven Ray Wonder se convirtió en alcalde.

En tan sólo un año, la casa de la colina cambió tres veces de guardián. Desaparecían así, de un día para otro. Nadie entendía nada. La explicación la dio el joven reverendo Barry. Una señal de Dios por las malas costumbres de la ciudad. Era necesario adoptar nuevas reglas de comportamiento.

El joven reverendo Barry organizó grupos de oración y se prohibieron los comportamientos atrevidos que pudieran resultar ofensivos para cualquiera, en la tierra y en el cielo. Se vetaron las discusiones en voz alta, el consumo de bebidas alcohólicas y la unión de los amantes antes de que se celebrara el matrimonio.

Pero evidentemente no fue suficiente.

Tras el relato de Green se intensificaron los turnos de oración y encargaron a Gregory Talbot que llevara alimentos como ofrenda a la Bestia. Los depositaba en el límite del bosque cada primer domingo de mes.

Green Talbot no se volvió a acercar a aquel sendero durante casi un año. Y de vez en cuando, mientras rezaba, hablaba la lengua de los jilgueros.

8

El gran defecto de Green Talbot, desconocido por la mayor parte de los habitantes de Tranquillity, era la curiosidad.

Empezaba a aburrirse en las clases de la maestra Lil Sommers. Ahora escribía páginas enteras de frases y no se divertía como antes. Intentó también alterar el orden de las palabras pero no tuvo mucho éxito. La primera vez que presentó una tarea en la que la mitad se componía de frases como:

*He no aprendido en el colegio he ido hoy
y nuevo nada de,*

y la otra mitad de:

Ftu-úit frú-uúuu tu-í-úit,

la maestra Lil Sommers mandó llamar inmediatamente a su madre.

—¿Se siente bien su hijo?

—¿Qué quiere decir?

—Me ha entregado una tarea que no tiene sentido.
Su madre intentó leerlo. No pudo.

—No tiene sentido.

—Ya se lo he dicho.

—No entiendo.

—Dentro de dos meses habrá el examen de enseñanza primaria.

—Dos meses.

—Es necesario que no vuelva a suceder más una cosa así.

—No se preocupe —dijo su madre—. No volverá a ocurrir.

Cuando regresó, castigó a Green. Lo obligó a permanecer en casa hasta que los resultados del colegio no fueran como los de hacía un tiempo.

Sin embargo, no alteró mucho su vida. Desde que el alcalde Ray Wonder y el reverendo Barry habían establecido reglas más severas para la ciudad de Tranquillity, ningún niño podía salir de casa, excepto para ir al colegio y a misa los domingos.

Green Talbot escribió su siguiente ejercicio en un lenguaje que todos pudieran comprender. Habló de las flores, de la primavera, de los sermones del reverendo Barry y del trabajo de su padre. Regresó a casa con una nota muy buena, escrita con lápiz rojo, al lado de su nombre.

—Enhorabuena, mi Green —dijo su madre.

Tenía ya diez años. Pasó el examen de enseñanza primaria con las mejores notas. El premio, esa tarde, consistió en que los niños pudieron salir de casa para jugar.

El gran defecto de Green Talbot, por lo general desconocido para el resto de los habitantes de Tranquillity, era la curiosidad.

Tras haber jugado un poco con los otros niños subió

por el camino de la colina sin que nadie se diera cuenta, tomó el sendero del bosque y se detuvo ante los primeros árboles.

Escuchó de nuevo aquel gorjeo de voces. Distinguió una que le llegaba desde lo alto.

—¡Por fin! —dijo uno de los jilgueros—. Nos preguntábamos dónde te habías metido.

—Yo también me lo preguntaba —respondió Green.

Desde aquel día, de vez en cuando, volvió a ir al bosque, cuando su madre faenaba en la casa y su padre se ocupaba de partir leña. Alcanzaba la linde y hablaba con los jilgueros. Poco a poco, se adentró de nuevo en la espesura. Ya se sabe, los niños tienen tendencia a olvidar los malos ratos. Sin embargo, Green Talbot recordaba muy bien los ojos amarillos y fosforescentes en la oscuridad. Desde aquel día, lo habían visitado muchas veces en sueños. Pero él intentaba no pensar en ello.

Esos años transcurrieron con la tranquilidad de un lugar que no admite cambios. La gente de Tranquillity parecía haber olvidado el episodio de la Bestia y las costumbres de sus habitantes volvieron a la normalidad.

Hacía algún tiempo que Green ayudaba a su padre en el trabajo. Había aprendido a vigilar el bosque y a cortar leña, a reparar las vallas y a arreglar los tejados cuando había goteras. Con frecuencia, bajaba a la ciudad para jugar con los otros niños, a pesar de que sus juegos le aburrían. Estaban casi siempre sentados en círculo lanzando canicas contra la pared. La canica que de rebote se acercaba más a la bola grande de cristal ganaba a todas las demás.

En su doceavo verano, hablando con un jilguero, éste le dijo: «Tengo un mal presentimiento. ¡Corre, Green!»

Y él se puso a correr. Tenía dos piernas que parecían ocho. Salió disparado por el sendero que llevaba al inicio del bosque, tomó el camino de la casa y corrió hasta alcanzar la salida. Su padre se hallaba en el suelo y su madre, llorando, le sujetaba la cabeza. Cuando lo vio, sólo pudo decir: «¡Corre, Green! Ve al pueblo, llama a alguien.»

Se fue como si se lo llevara el viento, no lograba pensar en nada, dejó atrás la casa, bajó como una bala por el camino de la colina, corría y corría, parecía un rayo, hasta que llegó al pueblo, entró en la tienda de embutidos de Hillary Mark, se saltó la cola de clientes, se puso delante de ellos y dijo: «Soy Green Talbot. Mi padre se encuentra mal. Llamad al médico.»

Su padre murió ese mismo día. La sangre le había estallado en la cabeza. Eso decían. Maria lloraba con un llanto lento e ininterrumpido, como si su vida desde ese momento no valiera nada.

Green volvió a enmudecer. No habló durante varios meses. De repente, una mañana, fue hacia su madre, observó un rato su envejecido rostro y le preguntó: «¿Me cuentas cómo conociste a papá?»